FISIOLOGIA.

INFLUJO DE BICHAT EN LA FISIOLOGIA.

En los últimos seis años del siglo XVIII, y en el primero y segundo del siglo XIX, se consagraba en París al más pertinaz y asiduo de los estudios, cultivando de preferencia la Anatomía, un joven que aun no contaba treinta años de edad, y que ya había publicado tres obras maestras, marcadas con el sello luminoso del genio. Se llamaba Francisco Javier Bichat.

Oriundo del departamento del Jura, hijo de un Doctor en Medicina, de la facultad de Montpellier, estudiando la medicina él mismo, primero al lado de su padre, luego en la Escuela de Lyon y cultivando de preferencia la cirugía, al principio como discípulo de Petit y después cerca de Desault, llegó á ser, en el último año del siglo XVIII, médico adjunto del Hôtel-Dieu.

Desault no sólo le amó como á un discípulo predilecto, sino que tuvo para él el afecto de un padre cariñoso, le alojó en su casa, le sentó á su mesa, le asoció á sus lecciones. La laboriosidad de Bichat era fenomenal; se cuenta que en un solo invierno hizo la autopsia de seiscientos cadáveres, ansioso de encontrar en las lesiones anatómicas la clave del misterio de la vida, y la explicación de su funesto término en la muerte. Muy poco tiempo antes de que él mismo pagara ese tributo doloroso, que ningún ser viviente elude, se consagraba con la fiebre que le era habitual á investigaciones terapéuticas. Había experimentado varios medicamentos de uno en uno, queriendo determinar el influjo de cada medicamento sobre las propiedades de los tejidos, se proponía reformar completamente la ciencia de la acción medicamentosa, la más obscura así como la más importante, de las que forman el vasto dominio de las ciencias médicas.

Pero desgraciadamente su constitución estaba minada, deterioradas sus fuerzas, consumido su organismo. La atmósfera malsana de los anfiteatros, el colosal trabajo á que se entregaba, y quizá también el abuso de los placeres, que, imperiosamente demandaba su temperamento ardiente y apasionado, habían ido debilitando poco á poco la fábrica corporal, que servía de base y sustento á una de las inteligencias más vastas y poderosas que han ilustrado los fastos humanos.

Su digestión era difícil y laboriosa, un padecimiento gástrico, que el imperfecto estado de la patología de la época, impidió clasificar bien, inspiraba, más á sus amigos que á él mismo, serias inquietudes. Tal estado de cosas se agravó repentinamente el 6 de julio de 1802 en que se resbaló y cayó al bajar la escalera del Hôtel-Dieu. Los trastornos gástricos se agravaron, el cuadro clínico se anubló con la aparición de fenómenos ataxo-adinámicos, y así sucumbió á los catorce días de enfermedad, á pesar de los asiduos cuidados que le prodigaran Corvisart y Lepreux.

Una carta dirigida por Corvisart al primer Cónsul, escrita en el estilo sentencioso á que era tan afecto el vencedor de Italia, constituye uno de los más sencillos, á la par que elocuentes elogios fúnebres tributados al gran sabio. Dice así: «Bichat acaba de morir en un campo de batalla en que no escasean las víctimas; nadie en tan poco tiempo ha hecho tantas y tan buenas cosas como él.» No fué el único, Halle pronunció su panegírico en el seno de la facultad de Paris, Sue le consagró la primera sesión de su curso de Bibliografía médica.

Nos proponemos en estas líneas ponderar el influjo de primer orden ejercido por Bichat en la Fisiología. Estos estudios retrospectivos son de la mayor importancia; hoy, que la ciencia de la vida ha llegado á grande altura, conviene detenerse á considerar uno de los momentos más decisivos de su historia, y apreciar el papel, que en su constitución y asiento, desempeñó un hombre dotado de la mayor laboriosidad, de la mayor perspicacia y del amor más apasionado al estudio. La labor del genio es fructuosa siempre, no envejece jamás, las generaciones que le suceden no deben limitarse á aprovechar, con egoísta indiferencia, los maduros frutos de aquella; sino que han de tomarla á menudo en consideración, lo cual es á la par un deber que se cumple, y una tarea cuyo desempeño es tan grato como provechoso. El astrónomo tiene sin cesar en los labios y en la inteligencia los nombres de Copérnico, Galileo, Kepler y Newton, y nada hay más fructuoso que meditar y considerar las labores, por medio de las cuales, esos genios ilustres fundaron, consolidaron, ensancharon y perfecciona-

ron, la más grandiosa y admirable de las ciencias. Asimismo, el fisiólogo debe considerar á menudo las luminosas investigaciones por medio de las cuales los Harvey, los Lavoisier y los Bichat, proyectaron los vívidos rayos del método científico en el caótico laberinto, constituido por los tejidos y órganos que sirven de asiento y pábulo á la misteriosa y fugaz llama de la vida.

Antes de Bichat la Fisiología carecía de concepto fundamental, se ignoraba el fenómeno primordial de que son manifestaciones los muchos y variados actos que el ser vivo presenta. Nuestro cuerpo se compone de una serie de masas materiales que se llaman órganos, y que están dotados de la propiedad de ejecutar actos, que admirablemente coordinados, producen las funciones en que se resuelve la vida del ser.

En el complexus material, llamado cuerpo, se observan fenómenos físicos, fenómenos químicos, y algunos otros que parecen serle peculiares, y que fueron denominados por tal motivo fenómenos vitales. Pero, ¿cómo encontrar en ese vasto complexus fenomenal y orgánico, el hecho capital y culminante, que tuviese á los demás bajo su dependencia? ¿por qué medio intentar una generalización osada que, partiendo de los fenómenos derivados, nos llevase hasta el fenómeno primitivo; que, apoyándose en los hechos de segundo orden, nos condujese hasta el hecho primordial, que tiene á los otros bajo su dominio?

Hoy no podemos darnos cabal cuenta, de la dificultad que á la feliz investigación fisiológica se oponía en el siglo XVIII. Nuestro espíritu se ha educado en otro orden de ideas, ha alentado, por decirlo así, en una atmósfera experimental y de hechos positivos; encontró trazado el camino, y apenas nos es dable con grande esfuerzo, reconstruir el estado mental de los contemporáneos de Bichat. El siglo XIX, fué un largo ejercicio experimental á que el entendimiento humano se entregó, dirigido por hábiles maestros, y siguiendo huellas luminosas, especialmente la trazada por el gran Bichat.

Comenzábase por no saber ejecutar, en los días de Bichat, aquella operación maravillosa, felizmente llamada generalización, en que de los casos particulares nos elevamos á los conceptos, ó leyes generales; un hábito multisecular, sostenido por los más ilustres ejemplos, había hecho creer al hombre que, por las luces de la razón, le era dado fabricar la ciencia, y resolver las muchas cuestiones que los fenómenos respectivos plantean; se creía, que así como es posible en matemáticas, partiendo de un cortísimo número de axiomas, llegar por medio de un raciocinio severo y rigoroso, á fundar los admirables teoremas de Euclides, se podía también en otras ciencias adivinar, por decirlo así, los designios de la Naturaleza, y arrancarle sus secretos á fuerza de hondas meditaciones, de reflexiones prolijas, de pacientes y laboriosos análisis.

Por fortuna, desde el Renacimiento, y sobre todo desde el siglo XVII, se comenzaba á desconfiar de semejante método de investigación, como método universal aplicable á todo género de cuestiones. *Fisica cave a metafísica*, había dicho el incomparable Newton; el anteojo de Galileo había tenido más poder para revelar la verdad que los más sutiles preceptos de los peripatéticos y las más profundas cavilaciones del Doctor Angélico, y gracias á ese movimiento de renovación, gracias al cultivo de la observación y de la experiencia, abiertamente proclamado por Francisco Bacon, la Astronomía había llegado á ser una ciencia modelo, la Física se había constituído y notablemente ensanchado, y casi en los días de Bichat, se habían asentado vigorosamente los fundamentos de la química.

Sin embargo, tan feliz espíritu de reforma no se hacía sentir aún en la ciencia que estudia los oscuros y misteriosos fenómenos vitales. Apenas si Pinel y Bordeu, más bien por sagacidad propia, que por excelencias del método que habían seguido, habían vislumbrado, más bien que concebido, dos ideas fecundas: que la Patología, debía buscar en la Anatomía, lo mismo que la Fisiología, la clave de los fenómenos que estudian; que la Patología, así como la Fisiología debían fundarse en la observación y en la experiencia, buscando siempre, ya las lesiones orgánicas la una, ya el juego de los órganos la otra.

Sin embargo, poco eran tales ideas mal bosquejadas para oponerse á la corriente del siglo, que llevaba por otros rumbos á la generalidad de los espíritus; se quería llegar de un solo golpe, de un solo salto, á la suprema generalización, que diese á conocer el concepto vida, y unos buscaban tal concepto en los fenómenos de orden material que presenta el cuerpo, otros

lo buscaban en los de orden inmaterial que ofrece el mecanismo de los órganos, ó las operaciones del entendimiento.

Para unos la vida era un conjunto de poleas, de palancas, de émbolos, en una palabra, un aparato mecánico; los que así discurrían se denominaron iatro- mecánicos; para otros, los iatro-físicos, la vida era una especie de aparato hidráulico, en que todo se explicaba por la circulación de fluidos reales, como la sangre y la linfa, ó de fluidos imaginarios, como los espíritus animales ó vitales; para otros inspirados en la recién fundada química, los fenómenos de la vida se reducían á *composiciones* y descomposiciones, á fenómenos del orden químico.

Groseras, materiales, brutales casi, y deficientes *muchas veces, parecían*, no sin razón á muchos, tales explicaciones, y buscaban por otro lado el verdadero concepto de la vida; lo buscaban en el aspecto inmaterial del ser viviente: de aquí nacían las llamadas teorías vitalistas, que hacían depender los fenómenos vivos de energías misteriosas, que, teniendo bajo su dependencia los fenómenos de la vida vegetativa, constituían el alma llamada así; que rigiendo los fenómenos de sensibilidad y motilidad, se resumían en el alma animal, y que dominando los fenómenos de inteligencia y voluntad, estaban bajo la dependencia del alma racional, el *nous de los antiguos, substancia* de naturaleza espiritual hecha á imagen del Creador *y de esencia inmortal*.

Bichat, con la osadía del genio, rompió las trabas ofrecidas por tan opuestas doctrinas, y buscó en la generalización el medio de pasar de lo concreto á lo abstracto, del hecho particular, que llama la atención y hiere los sentidos, á la idea fundamental y primitiva, que, como oculto resorte, mueve los voluminosos mecanismos, y es para la inteligencia luz que todo lo ilumina.

Mas no siguió para generalizar aquel peligroso ejemplo, ofrecido hasta allí por sus antecesores y coetáneos, y que consistía en remontarse de un solo salto vigoroso y atlético, de un solo aletazo, desde el suelo ínfimo de los hechos concretos, *hasta la altísima región de las nociones* primitivas. No quiso imitar al fabuloso Icazo, y *lanzarse al espacio con mal forjadas alas*, por no exponerse al riesgo de precipitarse, falto de sostén. No pretendió llegar, sin transición ni intermedio, desde lo que en el organismo salta á la vista, ya sea en el orden estático, ya en el dinámico, hasta lo que en el seno recóndito de nuestra fábrica corporal, engendra el calor, produce el medro y crecimiento de los tejidos, preside á los fenómenos sensitivos y motores, que determinan las altas manifestaciones de la vida. Para llegar hasta allí, comprendió Bichat, con su genio penetrante, que era preciso formar una escala que permitiera el ascenso, que era preciso, *sin salir del* orden fenomenal, ni del campo de la observación, *ni del dominio de la experiencia*, llegar á hechos generales, visibles, sensibles y tangibles, que dominaran el enorme cúmulo de hechos particulares.

Está vedado á la inteligencia del hombre conocer lo que es la vida en sí misma, en su recóndita é impenetrable esencia; mas no es eso lo único que le esté vedado, tampoco conoce en sí mismo el calor que dilata los cuerpos y les hace cambiar de estado, ni la luz, que puebla y matiza el Universo de formas y colores, ni la energía eléctrica, poderosísimo agente capáz, como dijo el poeta, de *agitar al cadáver en medio de su sueño perdurable*; y, sin embargo, á pesar de no conocer en su esencia las energías físicas, la ciencia ha ensanchado *maravillosamente* sus dominios, y la industria, utilizando esas hercúleas energías, ha ejecutado prodigios, estudiándolas desde el punto de vista relativo y fenomenal, sometido siempre á la tutela de la experiencia.

¿Qué más? Ni siquiera podemos conocer en sí mismo el movimiento; la hoja del árbol que, á influjo del viento, se agita, ofrece á nuestro pensamiento un misterio tan insondable como la idea que surge en el cerebro del genio. Y sin embargo, la mecánica, renunciando de una vez para todas á averiguar lo que sea el movimiento en sí mismo, y estudiando simplemente sus fenómenos, ha llegado á ser una ciencia matemática, decoro y maravilla del entendimiento humano.

En el *mundo* de las esencias, en el *dominio* de la *cosa en sí*, en las regiones de lo absoluto, nuestra inteligencia es una ciega infeliz que nada ve, nada discierne, por más que en ello se esfuerce. En cambio, en el mundo de los fenómenos, en el dominio de lo relativo, la ciega se convierte en vidente, de mirada más penetrante que la del buitre de los Andes.

Así lo comprendió Bichat desde el principio de su carrera, tan corta como fecunda, y en su

maravilloso libro llamado «Investigaciones, sobre la vida y la muerte,» tan escaso en páginas como abundoso en doctrinas, y punto excelso y culminante de su genio extraordinario, en vez de comenzar por discurrir profusamente, como era moda en su tiempo, sobre lo que es la vida, citando y comentando textos de filósofos, entra desde luego en materia, comenzando la genial y lumínica obra de que hablamos con la siguiente frase, de una concisión tal que raya en sequedad: «Se busca la definición de la vida en consideraciones abstractas, juzgo posible encontrarla en este resumen general: *La vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte.*»

Viene á continuación un párrafo maravilloso, que impresiona profundamente por la admirable precisión de la frase. Sobre su primera parte se cierne, á modo de sombra, una especie de vestigio de espíritu vitalista, sobre lo cual nos explicaremos luego; pero la segunda mitad de él es de una claridad meridiana, parece escrito con líneas de luz, y nada podía escribirse hoy mejor á pesar de haber transcurrido ya cien años. Dicen así estas admirables líneas: «Este principio es el de la vida, desconocido en su naturaleza, no puede ser apreciado más que por sus fenómenos: pero el más general de estos es la alternativa habitual de acción de parte de los cuerpos exteriores, y de reacción de parte del cuerpo vivo ...»

He aquí trazadas, en brevísimas líneas, dos sentencias capitales: primera, que es quimérico desentrañar la esencia de los fenómenos de la vida; segunda, que el fenómeno dominante en el teatro de lo viviente, es la acción continua del medio exterior, que produce en el organismo una reacción adecuada. He aquí la verdadera función de la vida tal como Bichat la concibió en su espíritu poderoso, y tal como la desenvolvió en el curso de su inolvidable y fecunda labor, aunque dista mucho de ser, sobre todo á juzgar por las apariencias, la que incluyó en la forma citada más arriba.

Bichat, espíritu vigoroso, amigo como tal de los contrastes, admirablemente poseído, por intuición del genio y no por el estudio, de lo que hoy llamamos ley de relatividad del conocimiento, al intentar dar una fórmula sobre el concepto de vida, que hiriese la inteligencia por el contraste vivo y casi brutal entre dos términos, escogió como tales: la vida por una parte, y la muerte por la otra, sin advertir que, procediendo así maculaba con una sombra ontológica las primeras líneas de un libro, que, pasado este primer tropiezo, había de fluir, sereno y claro, como el más límpido manantial.

Asimismo, este primer paso en falso del genio de Bichat, se explica por la educación que recibió su espíritu. Por intermedio de su padre había recibido las enseñanzas de la Escuela Montpellier, que había sido en Francia, y en el tiempo de que hablamos decir Francia era decir Europa, uno de los focos más radiantes del vitalismo.

Bichat, pues, á pesar suyo, inconscientemente y sin duda más en apariencia que en realidad, más en la frase que en la idea, no sólo personificó la vida, sino que personificó la muerte, presentando la existencia como una lucha continua, entre el ser vivo que aspira á seguir viviendo, y la muerte destructora que sin cesar quiere destruirle, al modo que los patólogos habían representado la enfermedad como un ser que viene á combatir con la salud, y de cuya lucha resulta la *crisis* ó término del estado morboso.

Mas lo repetimos, sólo se trata en realidad de una apariencia, de una sombra; no hay en Bichat tendencia metafísica alguna, ni el vitalismo más insignificante. Su espíritu es, por el contrario, vigorosamente positivo, é inclinado de la manera más manifiesta hacia el método experimental, cuyos cánones admirablemente presintió.

Dijimos ya que su verdadera definición de la vida consistía en presentar, como el hecho culminante de ella, la acción continua y la reacción constante, que ejerce el medio y presenta el organismo, y los biólogos más eminentes del siglo XIX, no sólo no han sobrepasado á Bichat, sino que no han hecho más que imitarle en este particular. Otro tanto ha sucedido con los filósofos más grandes del mismo siglo, cuando han tratado este punto.

De Blainville, uno de los continuadores más ilustres de Bichat, propuso para definir la vida la siguiente correctísima fórmula: «El doble movimiento interno de composición y descomposición, á la vez general y continuo.»

Augusto Comte, comentando esta definición, la encuentra con sobrada razón incompleta, y propone perfeccionarla agregando estas pa-

labras: «que tiene lugar en los seres organizados, colocados en un medio conveniente.»

Mas la definición de Blainville, completada por Augusto Comte, es la exacta y fiel reproducción del concepto de Bichat, que hace consistir la vida en la acción continua de los cuerpos exteriores, que no son otra cosa que lo que hoy se llama el medio, y en la reacción continua también del organismo.

Herbert Spencer, uno de los más grandes filósofos del siglo pasado, presentó como definición de la vida la siguiente fórmula á la que había llegado después de una larga y notable elaboración: «La continua adaptación de las relaciones internas á las relaciones externas.» Ahora bien, lo que Spencer denomina relaciones externas, no es más que la acción del medio, de los cuerpos exteriores de Bichat, y lo que llama relaciones internas no es otra cosa que la reacción provocada en el organismo, Spencer, reproduce, pues, la misma definición del gran Bichat.

Para que no pueda caber duda acerca de esto, citemos el siguiente admirable párrafo que es el cuarto del pequeño y maravilloso libro que comentamos: «Por lo general la vida se mide por la diferencia que existe entre el esfuerzo de las potencias exteriores y el de la resistencia interior. El exceso de aquellas anuncia la debilidad de la vida, el predominio de esta indica su fuerza.»

Para hacer resaltar mejor la vívida claridad de las doctrinas de Bichat, no resistimos á la tentación de censurar el poco sagaz comentario que el Dr. Cerise, editor y comentador de Bichat, incluye en la nota A, de aquellas con que quiso *aclarar* los clarísimos pensamientos del autor de las «Investigaciones sobre la vida y la muerte,» en la edición de este libro hecha en París, en la casa de Charpentier, el año de 1852. Nos da pena el decirlo, estas notas realzan, en verdad el brillo de las ideas del libro, mas á la manera de un marco oscuro circundando un cuadro luminoso. Figuráos que la nota A termina con los siguientes párrafos: «Preferimos atenernos á la tradición bíblica, confirmada por la ciencia de los geólogos y de los zoólogos, pero esa tradición nos enseña que la vida ha sido introducida en el mundo por la creación sucesiva de las especies vegetales y animales y de la especie humana. Arriesgamos, pues, esta definición: *La vida es aquella fuerza misteriosa, que se revela en los seres organizados por la producción de gérmenes, por medio de los cuales las especies se conservan indefinidamente y por la producción de elementos orgánicos, por medio de los cuales los individuos se desarrollan y se conservan por espacio de una duración determinada.*»

Señalada por Bichat, como el hecho culminante de la vida, la reacción suscitada en el organismo por los cuerpos exteriores, ¿dónde buscar los hechos positivos en que ésta reacción se resuelva.

Aquí llegamos á otro de los puntos más culminantes de la labor de Bichat, el cual fué consignado en su obra monumental que lleva el nombre de Anatomía general y que tuvo por feliz prólogo el Tratado de las membranas serosas. Bichat buscó los fenómenos elementales de la vida, no en los órganos, masas heterogeneas de materia viva, sino en los tejidos formados por la asociación homogenea de elementos figurados, y en los cuales se resume la acción de los órganos.

Admirable paso dado en el camino de la generación; hasta allí la Anatomía había sido la ciencia puramente descriptiva, la ciencia de los detalles nimios, prolijos y abundosos en que el espíritu se pierde y se fatiga abrumado por la enorme cantidad de los detalles; mas el ilustre genio, cuya labor nos honramos en comentar y en ensalzar, abrió horizontes nuevos á la ciencia anatómica, haciendo una ciencia del espíritu de lo que no era hasta entonces más que ciencia de los ojos. Su mirada sagaz y penetrante, encontró analogías y semejanzas entre órganos y órganos, y las membranas serosas fueron las primeras que, como un todo, se presentaron á su inteligencia; aquellas membranas delicadas que envuelven y facilitan los movimientos de los órganos; aquellos sacos sin abertura que envuelven á una víscera sin incluirla en su cavidad, y de los cuales la pleura y el pericardio ofrecen maravillosos ejemplos, fueron para Bichat un tema que trató admirablemente desde la concepción fundamental y abstracta de la membrana serosa, hasta la gráfica y pintoresca imagen de aquel doble gorro que, por una parte, envolviera la cabeza; y, por otra, forrara el sombrero, que el gran biólogo discurrió para hacer representar en la mente, de un modo sencillo, la complicada disposición de las serosas.

Realizada la generalización en estas membranas importantes, era fácil operarla en

los demás tejidos: el muscular, el nervioso, el cartilaginoso, el huesoso, el fibroso, etc., quedaron enumerados y descritos en la obra admirable llamada Anatomía general. La ciencia de nuestros días habrá perfeccionado y corregido ciertos detalles que Bichat no pudo contemplar por el atraso de los conocimientos en su tiempo, y por no haber usado el microscopio, pues su genio y sus prendas acabadas de observador, constituían sus instrumentos disponibles. Hoy la «Anatomía general» se ha trocado en la «Histología,» pero el concepto capital de aquélla, el plan seguido y el método adoptado, son una de las conquistas definitivas y perdurables del entendimiento humano y de la ciencia positiva; y el concepto que la informa es uno de los que forman la base y fundamento, no sólo de la Fisiología humana ó ciencia concreta de la vida del hombre, sino de la Biología ó ciencia abstracta de la vida.

La labor que presidió á tal concepto fué analítica, y en tal virtud generalizadora por excelencia. Así como el ilustre Descartes, operando en otro terreno analizó la noción, indivisa *situación* ó *posición*, descomponiéndola en coordenadas, magnitudes mensurables, el ilustre Bichat descompuso el todo indiviso de los viejos anatómicos en un conjunto de tejidos en los cuales residen las propiedades del órgano; el globo ocular, por ejemplo, es sensible á la luz, porque en su fondo se extiende la retina, membrana nerviosa cuyo atributo es la sensibilidad luminosa; el globo ocular es resistente, porque está envuelto por una membrana resistente llamada la esclerótica, formada de tejido fibroso, cuya propiedad característica es dicha resistencia; el globo ocular es móvil, porque se insertan en él músculos, formados por tejido muscular, cuya propiedad característica es la contractilidad que produce el movimiento.

Tal labor, en fuerza de su carácter analítico, es eminentemente generalizadora; donde quiera que se encuentre la fibra muscular, en cualquier órgano, en cualquier animal, se podrá asegurar que ese órgano es móvil, que ese órgano es contráctil: y recíprocamente, siempre que el observador sorprenda un movimiento orgánico, debe estar seguro que ese movimiento, si es definido y está sujeto al influjo nervioso, debe tener por agente el tejido muscular.

Bichat prestó aún otro servicio de primer orden á la Fisiología, coordinando los actos numerosos y variados del ser viviente, á la luz de los dos conceptos fundamentales denominados vida animal y vida orgánica ó vegetativa.

Resumiendo, pues, el influjo de este gran genio en la Fisiología, diremos que la dotó del concepto capital de vida, que debe ser el alma de toda buena definición de ella; que determinó con precisión la base anatómica de tal concepto, que coordinó los numerosos y variados actos del ser viviente en las nociones fecundas y positivas, llamadas vida animal y vida orgánica. Agregaremos aún que fué observador sagaz, experimentador ingenioso, que presintió los fundamentos y cánones del método experimental, aplicándolos no pocos veces con buen éxito é impulsando definitivamente á la Fisiología por tan fecundo sendero.

Hacer esto en bien de una ciencia, es fundarla y constituirla. Bichat tiene, pues, incontestables derechos á ser llamado el fundador de la Fisiología. Mas es poco todavía apellidarle así; las doctrinas proclamadas por él y el método por él adoptado, no sólo infunden movimiento y vigor á la Fisiología humana ó á cualquier otro estudio concreto de la vida, sino que ejercen el mismo benéfico influjo sobre la ciencia de la vida en abstracto; por tanto, la justa calificación de Bichat, es decorarle, como lo hizo Augusto Comte, con el merecidísimo título de fundador de la Biología.

Mayo 13 de 1903.

PORFIRIO PARRA.

A la ya larga lista del martirologio médico se acaban de agregar dos nombres de dos victimas de su deber, que hace poco han desaparecido de entre los vivos.

El DR. AURELIO DE ALBA médico que ejercía en la capital del Estado de San Luís Potosí, fué enviado por su Gobierno para luchar con la epidemia de la fiebre amarilla desarrollada en Ciudad de Valles, y allí la contrajo volviendo á su hogar donde murió el 29 de Julio próximo pasado.

GABRIEL SALAZAR, aun no recibido como médico, ingresó al servicio del Ferrocarril Central, y en Tampico se contagió de vómito y murió, con tanta energía, que según se dice, él mismo escribió el certificado de su defunción.

Los dos eran jóvenes, ilustrados, instruidos en su profesión; desafiaron el peligro por cumplir con su deber y murieron como buenos víctimas de él.

¡Loor eterno á tan denodados campeones de la ciencia! Que las generaciones venideras recojan su memoria no sólo para guardarla en sus corazones, sino para inscribir sus nombres en el templo de los inmortales.

M. S. Soriano.